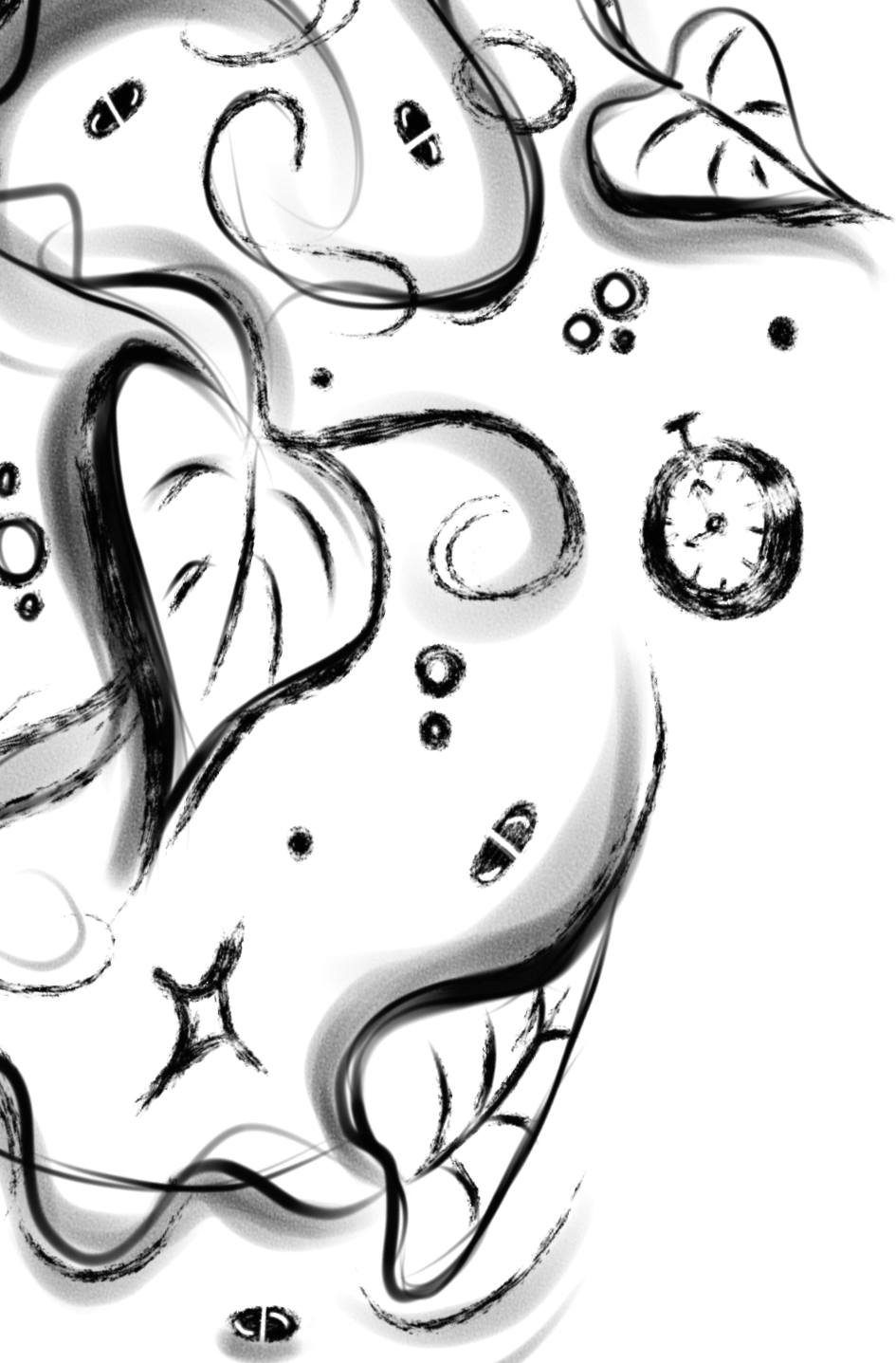


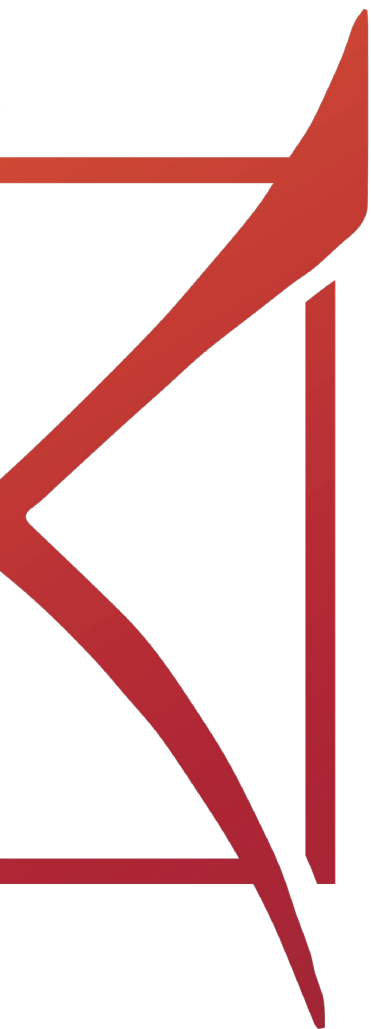
The book cover features a central illustration of a woman with long, dark, wavy hair floating upside down in a pool of water. She is wearing a light blue, flowing dress. Her eyes are closed, and her expression is peaceful. Two red hands are visible, one near the top left and another near the top right, reaching towards her. The water is a deep blue with small white flowers floating around. The background is a warm, orange-yellow gradient. The title is written in a large, elegant, serif font in a golden-yellow color. The author's name is written in a smaller, blue, sans-serif font at the bottom of the illustration. The publisher's logo and name are at the very bottom of the cover.

SUMERGIDO EN TU SUEÑO

INARIAM PRIETO


T A I K A





Sumergido en tu sueño

Inariam Prieto

erató 
COLECCIÓN



©2025 INARIAM PRIETO

©2025 Taika Editorial S.A.S
Calle 63C 21 24 Ap. 201
Muequeta, Barrios Unidos
Bogotá, Colombia, 111221
contacto@taikaeditorial.com

PRIMERA EDICIÓN, OCTUBRE 2025

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

Jazmín Bautista
Alejandra Canela

DISEÑO DE PORTADA

©Mona (@_principe_mona)
©Fernanda Reséndiz (@maferdiz_)

ILUSTRACIONES

©Dandelion (@dan_lavendetta)
©Inariam Prieto

ISBN DE LA OBRA

978-628-96273-8-1

No se permite la REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL de este libro ni su incorporación a un sistema informático, así como tampoco su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos presentes o futuros sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de DELITO contra la propiedad intelectual.

EDITADO E IMPRESO EN COLOMBIA

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	
El vacío de Jareth	7
CAPÍTULO 2	
Las dudas de Dante	25
CAPÍTULO 3	
Recuerdos del futuro	39
CAPÍTULO 4	
Lo complicado que es querer(te)	59
CAPÍTULO 5	
No lo arruines (de nuevo)	75
EPÍLOGO	91

*Para todos los que se sienten perdidos y quisieran regresar
en el tiempo. Aunque no podamos cambiar el ayer,
siempre podemos elegir cómo amar hoy.
Abraza, que el tiempo no se detiene.*



Capítulo 1

El vacío de Jareth

EL primer aniversario de la muerte de Dante llegó con la misma sutileza con que las pastillas para dormir lo apartaron del mundo. Jareth lo sabía mientras sus dedos, largos y delgados, doblaban mecánicamente la última camiseta de Led Zeppelin que su amigo había usado. Aún conservaba su aroma. No quería recordar su olor, no quería sentir esa sensación familiar de culpa que lo consumía cada día y no lo dejaba avanzar. Pero, sobre su piel, se encontraba un recordatorio silencioso.

«Si falta uno, faltan los dos».

Aquella frase, grabada con tinta barata en sus muñecas adolescentes años atrás, ahora parecía una profecía cruel sobre su tez morena. El departamento cerca de la universidad —ese que consiguieron con tanto esfuerzo— se había convertido en un mausoleo de recuerdos donde el silencio

pesaba más que cualquier palabra no dicha. Las cosas de Dante se encontraban en el lugar de siempre, Jareth nunca las quiso mover; de alguna forma, no podía aceptar que su amigo no volvería después de tanto tiempo.

Se detuvo frente a la caja de cartón a medio llenar y, con sus dedos, apartó un mechón de rizos largos y oscuros que cubrían parte de su rostro. Después arrugó su nariz ancha en una mueca de fastidio al notar el desastre en el que estaba parado. Desde el funeral, su vida era exactamente eso: un desastre. Un desastre que no sabía, o más bien, no quería arreglar.

«Oye, estas cajas no se van a llenar solas, ¿sabes?», pensó, ajustándose los pantalones holgados que se sostenían precariamente en sus caderas estrechas.

«Entonces, ¿en qué piensas cuando te quedas quieto? Parece que cargas con algo pesado», Dante siempre fue mejor leyendo a otros que permitiendo que lo leyeran a él. Jareth se había acostumbrado tanto a tenerlo ahí que dejó de preguntarse qué pasaba realmente por su cabeza.

La última discusión. El portazo. La llamada a medianoche del hospital. Todo ocurrió en una secuencia tan confusa que aún no parecía real. ¿Cómo podía serlo cuando los zapatos de Dante seguían junto a la puerta esperando a ser utilizados?

Mientras colocaba libros en otra caja, Jareth sintió algo deslizarse por su barbilla. Se llevó la mano al rostro, sorprendido al descubrir humedad. No era una lágrima. Era sangre. Se había mordido el labio con tanta fuerza que ahora sangraba.

Sangre. Como aquella tarde de verano cuando tenían catorce años y sellaron su pacto con un pequeño

corte en las palmas. «Ay, duele», chilló Jareth, y Dante se había reído tanto hasta que vio su propia sangre y se puso pálido. «Solo juntos estamos completos, ¿verdad?», añadió él entonces.

Ahora, en este departamento medio vacío, Jareth enfrentaba la verdad que evitó durante un año: estaba incompleto. Y, al parecer, lo estaría para siempre.

Tomó su teléfono y canceló el viaje a casa de sus padres. Aún no. No podía irse todavía. Antes necesitaba entender cómo seguir siendo Jareth cuando la mitad de su definición desapareció para siempre.

El sol comenzaba a ocultarse cuando Jareth terminó la llamada. El apartamento, despojado ya de casi toda evidencia de vida compartida, parecía más grande y más vacío que nunca. Las paredes desnudas devolvían el eco de sus pasos mientras recorría por última vez cada habitación.

Se detuvo en el umbral del baño. Era un espacio pequeño pero funcional, con azulejos blancos y esa bañera antigua que tanto les gustó cuando alquilaron el lugar. «Un lujo innecesario», había dicho el casero, «pero viene con el departamento». Para ellos fue un oasis, un refugio donde sumergirse tras días agotadores.

Entró y se sentó en el borde de la bañera, pasando los dedos por la porcelana fría. Casi podía escuchar la risa de Dante rebotando en las paredes, risa de esas tardes en las que compartían el espacio entre burbujas y confidencias.

—Cobarde —susurró para sí mismo mientras abría el grifo.

El sonido del agua llenando la bañera trajo consigo una sensación de finalidad. Regresó a la habitación y tomó las pertenencias que había dejado fuera de las cajas: la camiseta de Led Zeppelin, un pequeño perrito de peluche desgastado con un parche en la oreja izquierda y el frasco naranja de pastillas que había encontrado en el cajón de Dante.

El peluche —Teodoro, así lo bautizó Dante— fue un regalo de su decimoséptimo cumpleaños. «Para que te acuerdes de mí cuando no esté», le había dicho con una sonrisa. Qué profética resultaba ahora aquella frase casual.

De vuelta en el baño, el agua ya cubría la mitad de la bañera. Jareth se quitó los pantalones holgados y la camiseta, quedando solo en ropa interior. Su reflejo en el pequeño espejo sobre el lavabo le devolvió una mirada vacía. No reconocía a esa persona demacrada, con círculos oscuros bajo los ojos y pómulos más pronunciados de lo que recordaba.

—Si falta uno, faltan los dos —repitió como un mantra mientras se introducía en la bañera.

El agua estaba caliente, casi quemando su piel. Perfecto. Quería sentir algo, lo que fuera, antes del final. Abrazó contra su pecho la camiseta y el peluche, dejando que se empaparan junto con él. El frasco de pastillas descansaba al alcance de su mano en el borde de la bañera.

Mientras el agua seguía subiendo, Jareth cerró los ojos y permitió que los recuerdos lo inundaran. Dante a los ocho años, con ese hueco en los dientes de enfrente, sin pronunciar bien la «r» y quejándose de que el ratón nunca le había llevado su moneda. Cómo siempre jalaba sus rizos cuando quería su atención, hasta que Jareth

le gritaba que parara. La primera noche juntos en su apartamento, los dos en el suelo, sin muebles, admitiendo en susurros que tenían miedo de este cambio tan grande. Su voz gritando «¿Trajiste pan?» desde la cocina cuando llegaba de la tienda. Cómo se le quedaba pegado el cabello después de quitarse las gorras. Sus calcetines con dibujos raros que Jareth le compraba en el tianguis porque ya conocía sus gustos extraños. El sonido de sus llaves al llegar a casa y ese pequeño dulce que siempre le llevaba escondido en el bolsillo. Cuando abrió los ojos, las lágrimas que no había podido derramar durante todo el año finalmente corrían por sus mejillas, mezclándose con el agua. Era lo simple lo que más dolía, esos momentos tontos que creyó seguros, eternos, y que ahora solo eran fantasmas que lo perseguían.

Y luego, el recuerdo que más trató de evitar durante este año: la última noche.

«Estoy enamorado de ti. Creo que siempre lo he estado», confesó Dante con voz temblorosa, como si fuera su última esperanza de encontrar algo por lo que valía la pena quedarse.

Y él, aterrado por la intensidad de sus propios sentimientos y perder lo único estable en su vida, respondió con silencio primero y luego con palabras que sabía que cortarían profundo:

«No puedo darte lo que necesitas, Dante. Y tú lo sabes. Esto no es amor, es dependencia».

La sonrisa amarga de Dante surgió, esa que usaba cuando el mundo le confirmaba sus peores pensamientos sobre sí mismo: «Tienes razón. Soy dependiente de muchas cosas».

El portazo de Dante saliendo del apartamento. El mensaje que nunca contestó. Y horas después, la llamada informando que su mejor amigo había mezclado alcohol con suficientes pastillas para dormir como para no despertar jamás.

Esas malditas pastillas que se volvieron una necesidad inconsciente de Dante.

—Debí besarte —murmuró mientras abría el frasco de pastillas—. Debí decirte que yo también te amaba. Pero, sobre todo, debí escucharte esas noches que llorabas solo.

El agua ya llegaba a su cuello. Tomó varias pastillas y las tragó sin pensar. Luego más. Y más. Se deslizó completamente bajo el agua, abrazando con fuerza los últimos recuerdos tangibles de Dante.

Fue entonces cuando gritó. Bajo el agua, todo el dolor de ese año salió de sus pulmones en un grito desesperado que se convirtió en burbujas que subían hacia la superficie. Gritó por Dante, por esas últimas palabras crueles, por las pastillas, por no haber visto las señales. Gritó hasta que no hubo más aire, hasta que el ardor en sus pulmones se volvió insoportable y las pastillas comenzaban a nublar todo.

«Estás bien pendejo, ¿lo sabías?».

La voz de Dante, tan clara como si estuviera a su lado. Jareth sintió unos brazos rodeándolo, tirando de él hacia arriba.

«Abre los ojos, Jareth. ¡Abre los malditos ojos!».

Cuando los abrió, ya no estaba en su bañera.

El agua que lo rodeaba era diferente. Más fría. Más turbia. Y su cuerpo... se sentía distinto. Más ligero, más ágil. Una punzada de dolor atravesó su cabeza, inten-

sa y pulsante. Estaba desorientado, el mundo daba vueltas a su alrededor, y apenas podía distinguir la superficie.

De pronto, una mano firme se cerró sobre su muñeca, tirando de él hacia arriba. Cuando su cabeza emergió del agua, el aire fresco golpeó su rostro como una bofetada y lo hizo toser violentamente.

—¡Jareth! ¡Chingada madre, responde!

Esa voz.

A través del agua que le nublaba la visión, Jareth enfocó lentamente el rostro que tenía frente a él. Dante. No el Dante de sus recuerdos difusos, sino Dante a los dieciséis años. Vivo. Respirando. Con el cabello castaño pegado a la frente y los ojos verdes llenos de preocupación.

—Te golpeaste la cabeza contra la roca, pendejo —dijo Dante, y lo ayudó a llegar a la orilla del lago—. Estabas hundiéndote como una puta piedra.

Jareth no podía hablar. El dolor en su cabeza era real, punzante. Cuando Dante lo arrastró fuera del agua y lo sentó en la orilla, sintió algo cálido deslizándose por su sien. Sangre.

—No te muevas —ordenó su amigo, examinando la herida con dedos suaves—. No parece muy profunda, pero los golpes en la cabeza siempre son peligrosos.

Jareth seguía sin poder articular palabra. Sus ojos recorrían ávidamente cada centímetro del rostro de Dante, memorizando detalles que había olvidado con el paso del tiempo. La pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda que contrastaba con el color de sus ojos. Las pecas casi imperceptibles sobre el puente de su nariz. El labio inferior ligeramente más grueso que el superior. Su piel clara con pequeñas marcas de quemaduras por el sol.



contacto@taikaeditorial.com